

contra el dogma, sino quien escribe contra la razón. Se ha dicho: *opportet heresses esse...* pero no que convenga defender á la Iglesia con *heresias* históricas, retóricas, gramaticales y críticas.



XI

“Los Trofeos,” por José María de Heredia.

(12 Julio, 1893.)

• *Los Trofeos.* Se trata de un libro de versos, de un autor que se llama José María Heredia, que es muy buen poeta... Luego, ¿el Parnaso español está de enhorabuena? ¿*Al fin* aparece un verdadero poeta nuevo?... Pocos serán los que durante la lectura de los renglones que preceden hayan podido gozar la ilusión de una dicha tan grande como sería para el arte español la aparición de un poeta propiamente tal. ¡Ay! todos, ó casi todos, sabemos que *Los Trofeos* están escritos en francés; que no se trata de glorias nuestras, sino ajenas.

Heredia, por su nombre y apellido, por su raza, es español; en rigor también por su nacimiento; pero su musa es francesa. Aprendió el lenguaje de los dioses en la lengua de Andrés Chenier.

No importa: algo y aun algo hay en este libro

y en este autor, de nuestra tierra, de nuestro genio, de nuestra historia, de nuestro temperamento: poco há lo decia un ilustre crítico de Paris, distinguiendo el carácter de la poesía de Heredia entre las cualidades comunes á los de su escuela: «Heredia, según Brunetière, es *más* español.»

Nació en Cuba, si no recuerdo mal; pero su espíritu se hizo bien pronto parisién; y, por lo mismo que la lengua de Voltaire no era la que aprendió en la cuna, para valerse de ella en el arte, Heredia se consagró á un trabajo de benedictino, hasta conseguir lo que muy pocos logran en idioma extraño: hacer del nuevo instrumento el natural medio de expresión, el que la misma inspiración prefiere.

Y no así como se quiera, porque Heredia necesitaba, por razón de los dogmas de la escuela literaria á que rendía homenaje, la de los Gautier, Banville y Lecomte de Lisle, la *parnasiana*, un conocimiento particular del lenguaje que iba á ser como el marmol, el marfil, el ébano, la plata y el oro, y hasta el diamante, en que iba á trabajar como escultor, como sacerdote del cincel, con el supersticioso esmero plástico que los de su cenáculo empleaban en el pulimento de la frase.

Heredia hizo de la lengua francesa una esclava que obedeció á sus caprichos como blanda cera á los dedos de hábil artífice. No se consiguen tales

triunfos sin estudios prolijos, minuciosos, difíciles y reiterados. Se cuenta que este hijo de Cuba puede hablar y escribir con la sintaxis, etimología y ortografía de todos los siglos por que pasando y en que fue cambiando tanto la lengua que sirvió un día para decir con finura desvergonzada las claridades eróticas de Margarita de Valois, y mucho antes para narrar con ingenua sencillez *La Historia de San Luis*, y que hoy sirve apenas para expresar los alambicados, retorcidos y etéreos conceptos de simbolistas y de cadentistas, que preferirían tener por instrumento artístico una lengua asiática, apasionada, como la hebrea.

Heredia sabe hablar y escribir como Villehardouin, como Joinville, como Froissart, y ha seguido después la extraña y curiosa evolución del francés que tanto recomienda Lavissee estudiar, para conseguir, como lo ha conseguido el poeta cubano, un profundo conocimiento del idioma. Recuerdo que nuestro muy erudito Amador de los Ríos nos decia en cátedra que él sería capaz de escribir en castellano según se escribió en cada siglo desde el *Mío Cid* acá; y Heredia parece que hace alarde semejante respecto de la lengua de Comines y Meung.

Nada menos se necesita para figurar dignamente, cual Heredia figura, entre los poetas del *Parnaso* francés que hicieron de la forma un *me-*

tier y una idolatría. Un poeta *parnasista* ha de ser, además de poeta, batihoja que sepa convertir el metal precioso de la lengua en cosa tan flexible que compita con la idea y hasta la reemplace, sin detrimento de la plasticidad, el color y el brillo. Y á tanto ha llegado este americano español, de nacimiento, en ese arte de franceses, que el citado crítico parisien Brunetière, al comparar á Heredia con los parnasianos más ilustres, como Sully-Prudhomme y Coppée, sin vacilar declara que lleva aquél ventaja á estos en el *color local*, es decir, en la *pintura* en cuanto al justo colorido; y esta ventaja se la atribuye aun sobre el mismo Lecomte de Lisle, maestro de Heredia, que «le supera en la *luz*, no en el color.»

Jamás, á juicio del crítico de la *Revista de ambos Mundos* (1), se han hecho versos que pintaran mejor que los de Heredia la diversidad de las épocas y la mudable decoración de los lugares. Nada más griego, añade, aunque mezclado de *alejandrinismo* y de orientalismo, que sus Hércules, sus Artemisas y sus Andrómedas; nada más latino que su *Trebbia*, su *Soir de bataille*, más veneciano que su *Dogaresse*, más *anjevino*

(1) Revue bleue.—L'évolution de la poesie lyrique au XIX siècle.—3 de Junio 1893.

que su *Belle viole*, más japonés que su *Samourai* ó su *Paimio*.

En efecto, la fantasía de Heredia parece que lleva consigo aquella virtud de universal aclimatación que necesitaron y tuvieron aquellos nuestros antiguos conquistadores, de que él piensa descender, y que tan bien describe, los cuales, para llevar la fe y la bandera de España á tantas regiones, á tantos climas y tan diferentes imperios, necesitaron una flexibilidad de temperamento, una especie de *catolicismo* fisiológico que hoy ya solo poseen, inspirados por la creencia, los mártires misioneros.

Como en aquel imperio de que fueron poderosas columnas los *Conquistadores del oro*, que canta Heredia, en los dominios de nuestro poeta no se pone el sol, pues recorre su musa todos los países y todos los tiempos, y en todos se *aclimata*, todos se los asimila su inventiva.

Ciertamente que esta suerte de cosmopolitismo poético es carácter muy general en la literatura contemporánea, que se ve en otros poetas franceses del día, en muchos de la generación anterior, en los ingleses de hoy, de principios de siglo y aun del pasado, en no pocos alemanes á partir de Goethe, principalmente; pero en Heredia tiene un aspecto singular, cuya filiación no han buscado Brunetière, ni Faguet, ni Lemaitre... tal vez por-

que no están muy familiarizados con nuestros poetas del siglo XVI y XVII.

¡Qué mucho que los críticos franceses no conozcan á nuestros Arguijos, Jáureguis, Argensolas y Góngoras, si críticos españoles que se tienen por muy *modernistas* y despreocupados y espontáneos, condenan en montón toda esa poesía por fría, por imitativa; sin ver que esa frialdad es muchas veces semejante á la del marmol de la estatua, y que esa imitación es la originalísima, peculiar, jamás repetida inspiración del *renacimiento*, uno de los momentos más alegres, expansivos, graciosos y típicos de la historia!

Sí; en cierto modo, lo que hoy hacen ó hacían poco há, esos artistas, ó mejor quizás, artífices del metro y de la rima, lo hicieron dos y tres siglos antes otros poetas no menos enamorados de la forma, no menos desdeñosos del vulgar decir, no menos hábiles para dejar en el estrecho marco bien cincelado de un soneto de bronce ó de oro un cuadro histórico, un momento de la naturaleza, un *estado de alma*, un grito de amor, de celos ó de entusiasmo místico. Hoy habrá más refinamiento en la técnica habilidad, pero entonces había tal vez más sinceridad, menos amaneramiento y menos mecánica escolástica y *parti pris*.

Pues bien, algunas de las cualidades que singularizan el arte de Heredia, dentro de los caracte-

teres generales de su escuela, yo creo que le vienen de abolengo castellano, si no por la sangre, que tal vez sí, por la lectura de nuestros poetas tal como puede comprenderla solo quien es poeta, poeta de la *forma* y poeta español.

No cabe comparar la perfección artística de estos modernos Cellini del verso, que resucitan la historia con su color, su dibujo, su perfume, repujando la rima, con análogas habilidades de los poetas del Renacimiento; como no cabe igualar á la plasticidad artística de los grandes historiadores modernos, como un Gregerovius, un Mommsen, un Renan, un Tylor, un Macaulay, el noble relieve de la historia pragmática de los Solises, Melos y Hurtados; pero el realismo, ó mejor el *naturalismo*, en el sentido particular que Brunetière da al vocablo, es el mismo; todo ello es derivación clásica, prurito de perfección formal, sensible; las diferencias consisten en la desigualdad de los instrumentos, en la gran distancia de los adelantos técnicos.

Teniendo esto en cuenta, dígame si no se puede ver los *sonetos* de Heredia emparentados, como lo están con la poesía *parnasiana* francesa, con los antiguos *sonetos* de nuestro glorioso *Parnaso* según los escribía ya el cantor de Flérida, y sobre todo como los escribieron los Argensolas, Jáuregui, Arguijo, Góngora y muchos otros.

No imitación, pero sí reminiscencias de estas gloriosas joyas de poesía castellana veo yo aquí y allá en *Los Trofeos* de Heredia, y ahora recuerdo un ejemplo que habla con elocuencia en favor de la idea que apunto.

Entre los sonetos más alabados de Heredia, y que citan varios críticos, figuran los que llevan en la colección el título de «Antonio y Cleopatra,» (página 73); el primero se titula *Le Cydnus*, el segundo *Soir de bataille* y el tercero *Antoine et Cleopatre*; pues este último hace pensar en el famoso de Jáuregui, que dice:

Sobre las ondas acosado Antonio,
Al fuerte Augusto y á Cleopatra mira:
Una al dominio del incauto aspira,
Otro al diadema del imperio ausonio.

Entrégase el amante al golfo Jonio,
Más encendido en vil amor que en ira;
Inmensa armada en su favor conspira
Del miedo y persa, egipcio y macedonio.

Puede triunfar de Augusto, acometiendo;
También, huyendo de Cleopatra, puede
Vencer astuto su malicia y arte.

Trueca la acción; y del contrario huyendo,
Sigue su amada fugitiva, y cede
▲mbas victorias al amor y á Marte.

El soneto de Heredia termina así:

Tournant sa tête pâle entre ses cheveux bruns
Vers celui qu' enivraient d' invincibles parfums,
Elle tendit sa bouche et ses prunelles claires;

Et sur elle courbé, l' ardent Imperator
Vit dans ses larges yeux étoilés de points d' or
Toute une mer immense où fuyaient des galeres.

Y á propósito de Jáuregui; recordando su teoría del arte poético, ocurre compararla con las ideas y los procedimientos artísticos de estos *parnasianos*, y muy particularmente de este Heredia, que no parece sino que siguió al pie de la letra los sanos consejos del ilustre traductor del *Amin-ta*. Dice Jáuregui: «Y adviértase que no sólo el conocimiento del arte es necesario en la poesía, sino el aparato de estudios suficientes para poner en ejecución los documentos del arte.»

Este aparato de estudios suficientes es el que siempre ha preocupado como cosa principalísima á los poetas de la tendencia que sigue Heredia, y aun á los prosistas, como lo prueba Flaubert, que para un detalle revolvió un archivo. Pero hay más: Jáuregui, como podían hacerlo Heredia ó Gautier, sigue diciendo: «Y no se ha de dudar que el artificio de la locución y verso es el más propio y especial ornamento de la poesía y el que más la distingue y señala entre las demás composiciones, porque la singulariza y la reduce á su perfecta forma con esmerado y último pulimento.» No diría más Banville. Y ya antes, pocos renglones más atrás, el ilustre poeta español explicaba el modo de componer de un modo aná-

logo al *geométrico*, que declaraba dogmáticamente como el único digno del arte el famoso Baudelaire. Jáuregui dice á este propósito: « Esto resulta de que los escritores mal instruídos en la noticia de su facultad, y sin caudal de estudios, embisten con la materia por donde primero pueden... y aun muchos... sin ver el camino que siguen ni el fin que los aguarda, van á parar donde casualmente los lleva el ímpetu de la lengua. » —Por último, Heredia se distingue por la sobriedad de ingenio, por la parsimonia con que consiente los partos de su musa, llegando á tal extremo que, á pesar de ser conocido y estimado como buen poeta hace muchos años, hasta ahora no ha publicado su primera colección de poesías, y no forman éstas, juntas todas, más que un volumen de 205 páginas, que contienen 154 sonetos y dos poemas cortos (*El romancero* y *Los conquistadores del oro*). Pues bueno, á esta exquisita selección vienen como anillo al dedo aquellas palabras de Jáuregui, que copio: « Esto es lo difícil y terrible... sobre ese fundamento sólido ir *galanteando* el adorno de *argentadas frases*... Mayor hazaña efectúa el que en *pocos pliegos* observa estas cualidades que cuantos sin ellas despenden innumerables resmas. » ¿No se diría que Heredia había atendido á tales palabras (y otras que siguen por el mismo camino) al preferir una

corta cosecha de muchísimo y sazonado jugo á la multitud y á la abundancia incorrecta y descuidada?

Volviendo á las poesías, aun se podrían comparar y ver en ellas analogía entre varios sonetos de Heredia y de Jáuregui: son los de éste más frecuentemente de tendencia moral, aunque casi siempre por vía de imágenes plásticas y acabadas; pues aun de esta índole se ven no pocos en *Los Trofeos*: sirvan de ejemplo todos los que son epitafios ó recuerdos votivos ó simbólicas descripciones de venerandas ruinas.—Por contraste, v. gr., nos trae á la memoria el VII soneto de Jáuregui (*Rivadeneira*), el que Heredia llama *Villule*. Jáuregui describe el navio mercante que yace destrozado en la ribera del mar, y termina con estos hermosos tercetos:

Ausente yace de la selva cara
Do el verde ornato conservar pudiera
Mejor que pudo cargas de tesoro.
Así quien sigue la codicia avara,
Tal vez mezquino muere en extranjera
Provincia, falto de consuelo y oro.

Heredia nos describe la humilde hacienda de Galo, el cual *compos voti*, vive feliz en su estrechez.....

Son bois donne un fagot ou deux tous les hivers,
Et de l'ombre, l'été sous les feuillages verts;

A l'automne on y prend quelque grive au passage.
C'est la que, satisfait de son destin borné,
Gallus finit de vivre ou jadis il est né.
Va, tu sais á présent que Gallus est un sage.

En los Argensolas, en Rioja, en Pacheco, en el inspirado autor del soneto *Las estaciones*, y en el mayor que todos é ilustre Góngora podríamos buscar multitud de ejemplos que nos hablaran de estas semejanzas y analogías, que me complazco en figurarme reminiscencias de las lecturas que un buen español, siendo poeta como Heredia, debe de haber aprovechado al frecuentar el *Parnaso* castellano, no menos florido y clásico que pueda serlo el moderno francés, aunque menos alambicado. No me detendré en citas por no ser prolijo, pero no quiero abandonar este punto sin fijarme en un aspecto interesante. Al elogiar los sonetos de Heredia dice el tantas veces citado Brunetière, en la conferencia que le consagra, que á este poeta se debe la novedad y el mérito de conseguir que el último verso del soneto en vez de cerrar el horizonte, al limitar y concretar el cuadro, la composición, deje perspectivas ideales sobre lo infinito, sin perjuicio de la precisión y el efecto plástico. Cita, para probar su afirmación, el crítico francés, el soneto de *Marco Antonio* y el de *Los conquistadores*, que termina así:

Ou, penchés á l'avant des blanches caravelles,
Ils regardaient monter en un ciel ignoré
Du fond de l' Océan des étoiles nouvelles.

Esta ventaja y gracia que Brunetière descubre en algunos sonetos de Heredia, no discutiré yo ahora si pudo el poeta imitarlas de otros autores franceses; pero en la lectura, que supongo probable, de los *sonetistas* españoles clásicos, bien pudo notar ejemplos, y muchos, de estas *fugas* ideales, al final de los tercetos. Ejemplos, se le ocurren á cualquiera por docenas. Allá van algunos, tomados de otros tantos finales de sonetos célebres:

..... lástima grande
que no sea verdad tanta belleza..

—

*..... quién sabe si le espera
igual mudanza á la fortuna mía!

—

.....
y déjale al amor sus glorias ciertas.

—

.....
todo la edad lo descompone y muda.

—

.....
y sólo del amor queda el veneno.

—

.....
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

*
* *

No ha sido mi propósito en este artículo analizar el mérito intrínseco de estas sabias y artísticas poesías, fruto de lenta labor, serena contemplación poética de un alma antes enamorada de lo bello, tranquilamente, que apasionada é inquieta; mi intento era señalar la relación patriótica, española, que pudiera vislumbrarse en *Los Trofeos*. Mas, aun para referirme á lo principal en esta materia, me queda algo que indicar, á lo menos. El autor trata en los sonetos asuntos griegos, romanos, franceses, orientales, etc., etc., pero de objetos directamente españoles sólo hay algo en la serie titulada *Los conquistadores*; donde aborda tal materia es en las dos últimas partes del libro que ya no están escritas en sonetos; El *Romancero* y los *Conquistadores del oro*. Vale más la segunda que la primera.

El *Romancero* tiene el mérito de seguir más fielmente que lo han hecho otros, por ejemplo Victor Hugo, la tradición poética de *Mío Cid*; pero la forma que Heredia emplea más recuerda al mismo Hugo—sin llegar á él, ni con mucho—que la sencillez y naturalidad inimitables de nuestros buenos romanceros de tal especie. En cambio los *Conquistadores del oro*, particularmente la descripción de Pizarro y su heroica empresa, es un poema fragmentario, de impresión plástica fuerte, lleno de luz y color; y de tal re-

lieve, que aun después de leer cosas tan hermosas como en castellano y otras lenguas se han escrito acerca de aquellas fabulosas aventuras, se encuentra aquí mucho nuevo, un punto de vista *pictórico* original y sugestivo.

Si Heredia ha querido honrar su procedencia americana y española echando el resto, como vulgarmente se dice, en un asunto español y americano, bien puede asegurar que lo ha conseguido.

Para terminar, una observación muy sencilla; noten los críticos amigos ante todo de la novedad extraña é inesperada, cómo la moda puede poco contra el arte verdadero. *Los Trofeos* no es un libro de moda, no es de la *última* escuela: en rigor es de una escuela que agoniza... es un libro casi casi de hace veinte años, aunque ahora por primera vez se publica. Y sin embargo, es la mejor colección de poesías francesas de este año y la que más ha llamado la atención del público y de la buena crítica.